CAPITULO II.

Antiguedad de los Nayeritas, y noticia del primero que gobernó y dió nombre á esta Provincia, sus bárbaras costumbres, y vana Religion.

No es mi intento averiguar el primitivo verdadero orígen de los Nayeritas; porque no hallando por la escacéz de noticias, donde pueda fijar el pié el discurso, quiero que padezca antes la nota de encogida ,y de poco extensa mi pluma, que el de menos verìdica: prenda, que debe ser el norte de un Historiador, y el alma de cuanto escribe. Apuntaré solamente, lo que ciegamente creían, dejando por ahora la inconsecuente ridicula fábula que conservaban muy fresca en la memoria de la creacion del hombre, y principio que tuvo la variedad de colores que vemos entre Españoles, Indios, Negros y Extrangeros.

Lo cierto es, que esta Nacion tiene antiquísima posesion de este intrincado laberinto de barrancas; pues por noticia inmemorial derivada de padres á hijos se sabe, que cuando vinieron los Mexicanos en busca de las tierras, que sus fementidas deidades les destinaban, para fijar en ellas el escudo de sus armas, ya eran señores de estas serranías los Nayeritas, que noticiosos de hallarse cercano á sus tierras el mexicano con aquel trozo de combatientes, bastantes á conquistar un mundo, ignorantes del destino, que les habia sacado de sus casas, temieron alguna traicion, y que á fuerza de armas quisieran desposeerles de sus tierras. Trataron de prevenirse para la defensa; y sin acordarse ó sin querer valerse de la seguridad, que les ofrecian los inaccesibles picachos, conque naturaleza les proveyò de inexpunable muro, ni de las rasgadas peñas que casí imposibilitan cualquier enemigo abance, dispusieron valerosos aguardarles en unas lomas que estàn entre Peyotan el viejo, y Quaimaruzi, que por menos montuosas eligieron para la batalla; y como si fueran soldados veteranos levantaron para resguardar sus personas, tantas trincheras de piedras que, se cansan los ojos de verlas y aunque quisieran con mucha dificultad pudieran contarlas pues corren sucesivamente unas tras otras por el largo dilatado espacio de mas de dos leguas; argumento que persuade así la antiguedad de sus principios, como la experiencia que tenian para la guerra. Para estas tan acertadas valientes trazas no tenian otro capitán, que les aleccionara, que su propio capricho, ni lograron tener caudillo para su gobierno, hasta que el Naye el año de 1500 em-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

puñó el cetro Reconociéronle como à Rey extendiendo su dominio por el Sur, hasta las costas del mar, y por el Norte, hasta el Mazapil. El feudo con que le reconocian sus vasallos, eran flechas y calzas que todos le tributaban. Veneráronle tanto, que despues de muerto, antes de enjugar las làgrimas de su excesivo sentimiento, le fabricaron una casa en Tracaimota, mas abajo del lugar del Templo del sol, donde en una silla pusieron el cadáver con especiales adornos travando cuando se deshizo el esqueleto con varios hilos. Fué tan abultado que como se reconocia en lo desmedido de su calavera, parecia segun proporcion simétrica de siete cuartas su estatura. Los lienzos y tejidos que le ofrecian por ser su soberano, eran tantos que pasaban de 300 añadiéndoles, aunque sobre vistosamente labrados la curiosidad de muchos caracolillos, y piedras preciosas, que llaman *chalchigüites*. Ceñía su frente una cinta de plata: en la cintura tenia otra de tres dedos de ancho del mismo metal en la muñeca del brazo izquierdo un brazalete, que nombran *manijera*, como el que usan los Indios, que manejan arco, y flechas, para reparar el azote, que dá la cuerda al disparar. Pendia tambien de la cintura una hoja de espada ancha antiquísima, que dicen se la dió el capitán Caldesa en prendas de su amistad cuando entró, como referiremos en su lugar; y los indios pensando, que aun podia defenderles contra los Guainamotecos que al morir Nayerit les hacian mas cruda guerra, se la pusieron à la cinta.

Por milagro mayor, y empresa mas dificil, que conquista á fuerza de armas las Ciudades mas fortificadas, canonizan los Doctores de la Iglesia el ganarle á Dios una alma, sacándola del asqueroso cieno, en que yacía sumergida, al feliz estado de la gracia. Y así si fué grande el triunfo que las armas católicas lograron en la peligrosa conquista de esta provincia, cuanta sería la gloria, que á Dios resultó en la reduccion, de unos corazones tan rebeldes, como el de los Nayeritas? Y siéndome necesario, para desempeñar el glorioso título de este Libro, y para que se conozca lo maravilloso de la sujecion de gente tan belicosa, describir la resistencia temeraria y ardides casi insuperables, con que estos serranos hicieron cara à las escopetas y armas de nuestro ejercito, serà menester tambien dar alguna noticia de la torpe ciega obstinacion, con que desesperadamente resistian á las elocuentes penetrantes espadas de la predicacion; porque topando sus puntas en unos pechos de diamantes, no solo no abrìan paso, para introducirse, pero aun se embotaban tanto sus filos, que á no tener los predicadores en la fragua de su pecho tan á mano el fuego, para suplirlo con su ardor, no pudieran conseguir la victoria, que no lograron antes tantos varones Apostolicos cuantos en las Ciudades, Villas y pueblos de su comercio intentaron reducirles.

Era costumbre y aun inclinacion en los Nayeritas el correr las tierras y comerciar en los lugares poblados que rodean esta provincia. Y aunque á cada paso encontraban, ya con personas religiosas, que lastimadas de su perdicion les ponian á la vista los estragos á que iba precipitadamente su ceguedad obstinada; ya con seculares mercaderes, que de-

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

seosos de ganarles á Dios les embolvian entre los géneros, que cambiaban mil saludables consejos; no solo veian unos y otros malogradas sus industrias, sino tan sin esperanza de efecto alguno, que ni daban la menor muestra, de que pudiera en algun tiempo introducirse en sus pechos la luz de la verdad. Aun con más atencion y refleja advertian los Nayeritas los desórdenes de muchos cristianos de solo nombre, especialmente en los Reales de Minas, en que vivian tan sin temor de Dios, que su vicio más comun y descarado era el de la embriagues, tan congenial á su apetito. Y aunque estos ejemplares no servian de aleccionarles, á lo ménos confirmaban su errado dictámen, de que semejante desórden por más que le condenen los pùlpitos por ruinoso, le canonizan ó le aprueban por más que tolerable los que tan sin reparo le siguen contra la santidad de la ley cristiana que profesan, quebrantándola pùblicamente, aun en las plazas.

Eran tan frecuentes en el Nayar la embriagues que no habia dia que, ó todos ó los más no gastáran en beber, juntándose de las rancherías en los parages que para esto estaban destinados. En estas juntas tomaban satisfaccion de sus agravios, valiéndose de los alfanges cortos, que continuamente traian, ó colgados de la muñeca del brazo, ó embainnados en la cinta; porque aunque son diestrísimos en manejar el arco, flechas y honda; pero como pide este género de armas más despierta la advertencia para asegurar el tiro, se valian de los alfanges para vengarse de las ofensas que habian recibido; porque aunque en su entero juicio las hacia olvidar-

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

depuestas las iras, la familiaridad con que se trataban aun los mayores enemigos, luego que el vino comenzaba à perturbar las cabezas, lo primero que se les ofrecia, era el agravio, remitiendo al alfange el despique y pregonando los más sangrientos estragos, como hazañas dignas de aplaudirse; y en verdad las celebraban todos, ménos los parientes del muerto ó herido que para contínuo recuerdo de la injuria mojaban un lienzo en la sangre que vertian las heridas para que solo la borrase la venganza, quitándole la vida al agresor ó cualquiera de los suyos, sin que la inocencia les escusára los rigores de tan injustas leyes. De esto nacia no solo el que se cometieran tantos insultos y muertes, sino que todos anduvieran señalados, ya en los brazos, ya en la cara de sus crueles bárbaros alfanges. A más de estos estragos se añadian otras obcenidades, que naciendo de unas voluntades locas con el furor del vino, no perdonaban ni á doncellas ni á casadas; y lo peor era, que recobrada la razon, ni se avergonzaban ni temian; ó fuera porque en todos era igual el delito ó por la facilidad de tener uno las mugeres que queria, especialmente si eran hermanas de su primera esposa, que entónces era tal el derecho que adquiría para casarse con ellas, que si otro pedia alguna de las cuñadas, no podía el suegro darla sin consentimiento de su yerno.

Mas con toda esta torpe inclinacion tenian sus tiempos, en que se abstenian aun de sus propias mugeres. Esto lo observaban en el de sus ayunos, cuyas inviolables leyes eran privarse de semejantes excesos, y de comer sal todos los dias que duraban,

que comunmente eran cinco; aunque para empeños graves les prolongaban hasta dos años en obsequio de sus Dioses, que eran tantos como luego veremos. Si los egipcios tenian un Dios para cada dia, los Nayeritas adoraban tantos ìdolos que á mi juicio, si se repartieran dándole á cada uno el suyo, aun sobràran muchos.

Pero entre toda esta muchedumbre, tres eran propiamente los principales, á quienes clamaban continuamente, y en sus mayores congojas ivan, aunque fuera arrastrando á las puertas de sus templos à llorar y pedir alivio en sus necesidades. Referiré sucintamente su orígen para que se vea la facilidad conque el demonio les engañaba. El primero y mayor ìdolo, a quien más que á otro alguno tributaron adoraciones los Nayeritas, era una piedra blanca que por antonomasia llamaban *el Dios del Nayar*, dándole el nombre de *Tayaoppa*, que quiere decir: *Padre de los vivientes;* porque en ella creian Sacramentado al Sol, por ser especial obra suya. Hízole un indio por nombre *Yca* un adoratorio ó templo muy capaz en Toacamota, que està cerca de la mesa hácia el Poniente y le sirvió con tal esmero, que le adoptó por hijo aquel brillante astro; por cuyo motivo cuando murió pusierou su cadáver en una silla, en que casi deshecho le hallaron los padres, cuando quemaron aquel templo. El segundo ìdolo, imán de los afectos de los Nayeritas, como el Sol veneracion de sus respetos, era el que adoraban en Teauta cerca de Quajata con el dulce nombre de *Ta Te*, que quiere decir *Madre Nuestra*. Este ídolo consistia en dos piedras blancas, en que un indio

hechicero llamado *Azquel* les hizo creer se habia convertido una india vieja para quedarse con ellos eternamente: con esa falsa creencia, desde aquel dia veneraron aquellos dos pedernales con el impiamente usurpado nombre de *Ta Te*. El otro ídolo, que cumplia el ternario de la afectuosa especial adoracion de los Nayeritas, era el *Quanamoa*, á quien veneraban por su redentor, por haberles (segun decian) socorrido, no solo en la falta de lumbre que antes padecian, sino en la de otras cosas, como de calzones, sombreros, hachas, machetes, casos y eslabones de que les proveyó. Mas ingratos á tantos beneficios los mismos favorecidos le prendieron y pusieron en una cruz, en que murió y desde donde habiendo resucitado á vista de sus mismos perseguidores subió à los cielos con grande ruido de chirimias y de otros muchos instrumentos; por lo que le veneraban en dos flechas, una cerca de la laguna de Santiago y otra arriba de la Mesa, en donde le fabricaron templos.

Estos eran los ídolos que generalmente más veneraban y los que imaginaban más poderosos, siendo por esto visitadas de todos, las puertas de sus Adoratorios. A otros doce obsequiaban y tenian nombre propio en su idioma; pero aunque en muchos lugares les fabricaban templos, solamente acudian à visitarles por aquellas particulares necesidades, en que podian socorrerles; porque en unos reconocian poder, para conceder destreza en cazar venados; en otros la felicidad en comerciar; en otros la virtud de fecundizar estériles: prerogativa que muy especialmente veneraban en *Quanamoa* à estos

visitaban màs las mugeres que los hombres. Finalmente en cada uno de estos y otros Dioses creian solo poder para alguna especial gracia, acudiendo à venerarles solamente el que deseaba conseguirla.

Fuera de estas mentidas deidades, así como los Asirios à màs de su Dagon, Moloc y Belsebú y otros semejantes adoraban otra chusma de idolillos, que aunque anónimos les reconocian por Dioses, de la misma suerte los Nayeritas tenian otros muchos, à quienes sin otro nombre que el de *Tecuat*, que es lo mismo que *Señor*, rendian sus adoraciones: dàvanlas en muchos lugares à varios guijarros, sin otro argumento de su divinidad, que ó haber remediado alguna faccion de los vivientes, ó haber sido venerados de sus antepasados, que se los dejaron como en herencia, para vincularles así infelizmente sus ruinas. Imposible fuera reducir à número esta muchedumbre de idolillos, porque apénas habrià cerro en casi la mitad de la provincia, que no haya yo recorrido por diferentes motivos y en que no haya tropezado con estas infernales figurillas: unas estàn como olvidadas sin ningun reparo ni aseo sus pàtios: muchas muy cuidadas, y muy limpios los lugares, en que se veneraban. Y aunque no les fabricaban Templos, hacian un cercado de piedras clavadas en el suelo, fijando en medio el idolo, y cuidando que siempre estuviera barrido el sitio que quedaba dentro el circulo. Lo mismo hacian en los ancones altos de los rios, donde colocaban semejantes dioses, para tener más á mano el recurso cuando deseaban abundante pesca. En uno solo de los muchos que bañan esta sierra, en distancia apenas de diez y ocho leguas habia catorce de estos idolos que yacen hoy ya sepultados y olvidados del todo. Finalmente era tan connatural en estos indios la idolatria, que no contentos con tener tantos dioses, se iban à los templos de las mayores deidades y pedian al guarda idolo alguna reliquia para llevar à su casa; y arrancando cualquiera de las flechas que ellos mismos ántes habian ofrecido, se las daba y en los cerros mas fragosos cercanos à sus rancherias, les hacian su oratorio donde cada vez que querian, le tributaban envueltas en afectuosos suspiros sus comunes ofertas con las ceremonias que veremos.